

Que los candidatos nos hablen de los elefantes

Alfredo Acle Tomasini©

La seducción de los electores es el objetivo de las campañas. En decir lo que se quiere escuchar se funda el arte de convencer a las masas. Dar antes que pedir, ofrecer antes que exigir, las sumas antes que las restas. Prometer el mundo fantástico donde todo se puede y nada cuesta. ¿Por qué entonces no se hizo antes, si todo parece tan sencillo? preguntamos ingenuos. Con timidez alguien responde; es que éste no es el momento oportuno para que los candidatos nos hablen de los elefantes aunque los tengan enfrente y pese a que su terca presencia nos recuerde a todos lo mucho que estorban. Prefieren ignorarlos y retar nuestra inteligencia, aun cuando les resulte imposible meterlos en la chistera de donde como conejos sacan su interminable lista de promesas y decálogos.

Todos festinan las finanzas públicas en equilibrio y prometen que seguirán haciéndolo. Pero no cuestionan que éste se logra con una baja tasa de recaudación, lo que condena a un gasto e inversión pública famélica. Parecería que actuamos como un equilibrista que camina audaz y seguro sobre una cuerda, con la salvedad de que ésta se encuentra a ras del piso. No tiene el mismo impacto en la economía un equilibrio fiscal con una tasa de recaudación de apenas 13% del PIB si descontamos los ingresos petroleros, que alcanzarlo con tasas de recaudación superiores al 30% del PIB. Sólo imaginemos que si este porcentaje fuera el monto del gasto público, lo mucho que podría hacerse en términos de infraestructura, educación, seguridad social e investigación y desarrollo.

Financiar las promesas de campaña y mantener el equilibrio fiscal hará indispensable diseñar una política hacendaria de largo aliento que sirva para financiar el desarrollo del país y que contemple de manera integral: gasto, inversión, ingresos fiscales y deuda pública, lo cual hace inevitable una reforma fiscal que elimine privilegios, tape hoyos y sea transparente. Los impuestos que pagan las personas morales deben ser públicos, como también aquellos que se les cancelan. No hay mejor auditoría que la transparencia.

Pemex ha sido tema recurrente. Unánime es la intención de modernizarlo y mejorar su desempeño operativo y financiero. Pero cómo lograr esto cuando el gobierno ha quebrado al organismo porque así financia una tercera parte de su gasto; cuando pesa sobre ella un contrato colectivo que merma su eficiencia; cuando el régimen de pensiones ha creado un pasivo laboral que no está fondeado sino que se paga con gasto corriente; cuando ni siquiera se han determinado los recursos que se necesitarán para mantener la prestación de gastos médicos mayores y menores para empleados, jubilados y sus dependientes; cuando los controles que gravitan sobre la empresa hacen su gestión tortuosa e ineficiente; cuando se ha creado una élite sindical que cínica ostenta una opulencia que se alimenta de recursos exentos de fiscalización, aunque provengan del erario y el Estado Mexicano sea el patrón.

Una conquista laboral termina cuando la fuente de trabajo es incapaz de generar los medios para financiarla y no hay nada más inequitativo que esto se subsane con recursos de los contribuyentes, porque eso implica una transferencia de los más a los menos, aunque estos sean trabajadores que, para fines prácticos, son una minoría que se beneficia de los impuestos que otros trabajadores cubren con su esfuerzo.

Lograr la pensión universal requiere además de una reforma fiscal, reconocer la inequidad que en esta materia existe en el país; hay pensiones de élite, como las que tienen los empleados del IMSS, y que sólo es posible mantenerlas a costa de usar recursos del erario; las hay míseras como las del sector central cuya jubilación sólo abarca una fracción de los sueldos; las hay mínimas como las de la AFORES que difícilmente alcanzarán los tres salarios mínimos y las hay inexistentes donde se encuentra la mayoría de la población.

Las manifestaciones estudiantiles han evidenciado el error que se cometió al privatizar la televisión abierta, porque significó concentrar un enorme poder en sólo un par de manos que a su conveniencia moldean mensajes y contenidos. Ingenuo que se les pida objetividad. No hay medio de comunicación privado que lo sea. Lo llamativo es que, quizá por temor, ninguno de los cuatros candidatos plantee algo que actúe como contrapeso de ese poder que paradójicamente otorga el propio Estado, como sería un nuevo modelo de televisión abierta pública y autónoma.

La mayoría de las propuestas de los candidatos terminan en los lugares comunes al grado de parecer complementarias. Otras incluso repiten lo que llevamos escuchando por sexenios. Por eso las vemos con escepticismo y porque nada nos dice si quien llegue a la presidencia tendrá la audacia y el valor suficiente para quitar a los elefantes del camino.

alfredo@acletomasini.com.mx

@AcleTomasini